

Una vieja tradición mediterránea: protohistoria y actualidad de la caza con liga

Existe una importante serie de documentos antiguos que permiten reconstruir los distintos procesos ideados para la práctica de la caza de pájaros mediante varillas untadas con visco. Esta técnica guarda sustanciales semejanzas con la empleada hasta hoy día en varias zonas del Mediterráneo occidental, y parece presumible que fuese introducida por los griegos tanto en la Galia como en el territorio ibérico de Hispania.

Nous gardons un assez important nombre de documents anciens qui nous permettent d'entreprendre la reconstruction de la chasse d'oiseaux à la glu. Cette vieille technique semble de celles qu'on pratique encore aujourd'hui dans certains endroits de la Méditerranée. On peut penser à son introduction par les Grecs en territoire de la Gaule et d'Hispania.

INTRODUCCIÓN

En el marco de la economía autosuficiente que solía practicarse en la Antigüedad, casi todos los animales, grandes o pequeños, acuáticos, terrestres o aéreos, de mayor o menor riqueza cárnica, tuvieron un interés como elementos complementarios de la dieta básica, y entre ellos figuraban, indiscutiblemente, las aves y pájaros de distintos tamaños (BROTHWELL, 1969: 53 ss.; VILETTE, 1991: 465-475). Dependiendo de su sabor y exquisitez o de la facilidad con que pudieran adquirirse, fueron destacando unos sobre otros y convirtiéndose en platos conocidos. La caza de pájaros destinados a la alimentación constituía una actividad más de la estrategia nutricia del género humano, no sabemos con qué incidencia,

dado que nuestras fuentes al respecto son escasísimas, aunque representó sin duda una ayuda estimable a la hora de completar las proteínas de la despensa.

Muchas de las técnicas empleadas han llegado hasta nosotros a través de las descripciones de determinados autores antiguos, medievales y modernos o incluso por medio de representaciones iconográficas sobre diversos soportes. Todas ellas fueron madurando en eficacia e ingeniosidad, y en algunas ocasiones alcanzaron la adecuación completa, aunque con las variantes propias de su distribución geográfica y de los medios de que el cazador disponía en cada territorio. Éste parece ser el caso de la llamada en castellano caza con “guizque” o con “liga”, en Aragón caza en

“barracas” y en Cataluña y Valencia caza al “parany”, recurso venatorio aplicado a la captura de pájaros migratorios del tipo del tordo, la paloma torcaz, la alondra moñuda, etc. El sistema persigue que los pájaros rocen sus alas con una serie de finísimas varillas untadas con una sustancia pegajosa, la liga, y que las varetas así adheridas a su cuerpo les impidan volar. Se trata de una técnica venatoria que, precisamente por su simplicidad y eficacia, parece haberse mantenido en esencia, sin muchos cambios, desde la Antigüedad hasta nuestros días. Hace unos treinta años este modo de caza gozaba aún de plena vigencia en varias zonas de la Península Ibérica. Sin embargo, las posteriores reglamentaciones cinegéticas de 1975 prohibieron esta práctica ancestral, sin que los últimos conocedores de sus secretos llegaran a comprender del todo el por qué¹.

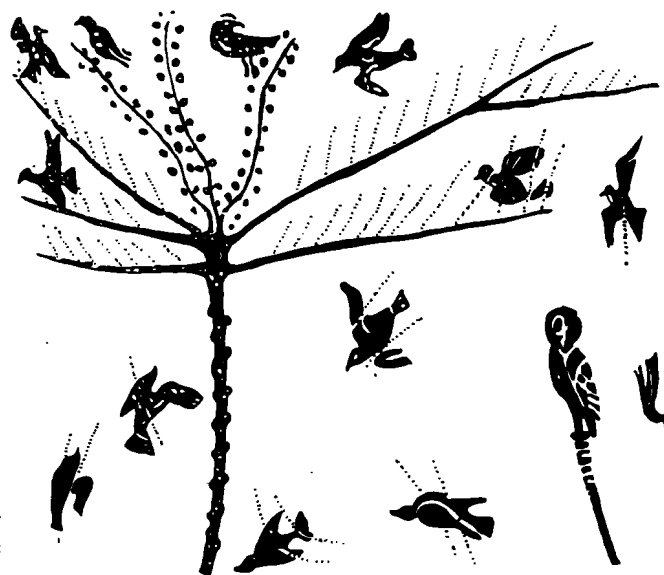


Fig. 1: Vaso griego de figuras negras. Museo Nacional de Tarento.

Esas aves migratorias, que en otoño (para San Miguel, es decir, en torno al 29 de septiembre) descansan una temporada en nuestros suelos dentro de su largo viaje migratorio Norte-Sur, fueron estudiadas en sus costumbres y los pueblos mediterráneos aprendieron a cazarlas desarrollando métodos que explotaban su necesidad de tomar tierra y sus hábitos peculiares. Pese a las diferencias inevitables entre el sistema descrito en la Antigüedad y los practicados hasta hace pocos años, éstos últimos nos ayudan enormemente a comprender toda la compleja manera de actuar del pajarero experto. Nos interesa sobre todo poner de manifiesto la profunda antigüedad de este modo de caza en todo el Mediterráneo y al mismo tiempo plantear, entre otras hipótesis, el que, dada su pervivencia y el apego de las gentes del País Valenciano por esta especie de “deporte”, que comporta los rasgos de certamen venatorio y rito social, es perfectamente verosímil que pudiera ser ya conocido y empleado desde época ibérica. La falta de estudios sistemáticos de la osteofauna de nuestros poblados y, sobre todo, de sus “basureros”, nos impide comprobaciones más precisas (GÓMEZ BELLARD, 1995: 161-163). Con el tiempo, y dado que por las fuentes escritas sabemos el tipo de

pájaros que así se cazaban, confiamos en que este camino pueda desarrollarse mejor si se encuentran y clasifican los huesecillos de volátiles. Desgraciadamente, tampoco en las narrativas superficies de la cerámica ibérica hay, por el momento, nada parecido a la imagen que presentamos en nuestra figura. Se trata de una escena de caza de pájaros con liga, pintada sobre un ánfora griega de figuras negras que se conserva en el Museo Nacional de Tarento. Luego volveremos sobre ella.

Para mayor claridad vamos a describir en primer lugar el método moderno, siguiendo las indicaciones de nuestros informantes, para ir comparándolo, cuando los hay, con los datos de que disponemos referidos a la Antigüedad.

LA ÉPOCA DE LA CAZA Y SU PREPARACIÓN

Si la caza era en otoño, la preparación de los materiales necesarios se hacía con antelación, en Julio-Agosto. En el mundo antiguo parece que se adelantaba ese momento: *in verno aves diversi generis ...aspi-*

¹ La incidencia sobre la población de aves era realmente muy baja y el sistema mucho menos terrible de lo que a primera vista pueda parecer, dado que el pájaro no recogido con prontitud se libera de su atadura y vuelve a volar en breve espacio de tiempo. Agradecemos desde aquí la colaboración de nuestro informante D. Vicente Roig Escriche, quien con todo amor y añoranza revivió lo que para él fue parte de su vida y de la economía familiar en su Adzaneta del Maestre natal (provincia de Castellón) y luego, ya en la provincia de Valencia, en los paranyes de Bugarra (prov. de Valencia). Igualmente somos deudores de los conocimientos de la etnóloga M^a. Elisa Sánchez Sánz. Según las noticias que esta última nos transmite, en el norte de Aragón (El Grado, prov. de Huesca) se empleaban las carrascas o cajigos como árboles de apoyo, mientras que en la Comunidad Valenciana es el algarrobo (la “garrofera”) el árbol tradicionalmente empleado, aunque cuando, tierra adentro, ese árbol faltaba, se usaba también el olivo o la higuera.

ciunt aucupem lippum componere cannas suas et festucam inserere visco. En primavera los diversos tipos de aves ven al pajarero preparar sus varetas y añadirles la liga (Rómulo, *fab. Aesop.*, 77, 4 ed. Thiele), decisión más lógica puesto que así los vegetales utilizados para hacer los simples instrumentos que debían emplearse estaban tiernos y se lograba que secasen con tiempo, hasta darles la forma recta deseada.

SELECCIÓN DE LAS PLANTAS PRODUCTORAS DE LA LIGA

Primero había que seleccionar las plantas que constituían la materia prima para la preparación de la liga o "guizque". La naturaleza proporciona una amplia gama de especies. Señalaremos las principales:

-Según nuestro informante V. Roig, el llamado por los pajareros "lлонje" se compraba en el mercado de Valencia o se recogía en las ramblas.. En el primer caso, se trataba del auténtico ajonje obtenido de la achicoria o ajonjera (*vid. infra*). Pero impropriamente también se denominaba "lлонje" a una planta frecuente en algunos terrenos de la región valenciana, de cuyas raíces salen unos "gusanillos" donde está la sustancia pegajosa. Esta planta es la *Andryala ragusina* L., que vive en cauces pedregosos de ramblas y torrenteras, así como en bordes de caminos y campos incultos, en todo el Mediterráneo occidental²

-La *ajonjera juncal* o *achicoria dulce* (*Chondrilla juncea* L.), también llamada condrita o pajo y que en catalán es conocida como mástec o masteguera, o simplemente alotxa. En Aragón se le llama hierba "besque". De sus partes subterráneas se obtienen pequeños grumos sólidos de la leche de la planta, con los que se prepara el ajonje, en cat. alonja, lлонja (del árabe al-golgolan, y en árabe español al-gongoli, el sésamo o ajonjolí, planta parecida a la achicoria). El ajonje es la materia viscosa más comúnmente empleada en la Península ibérica como liga.

-El *muérdago* (*Viscum album* L.), conocido por los griegos como ixxiva. Sobre los pinos se da la variedad *Viscum laxum* Moissier y Reuter. En esta planta la liga se obtiene de las bayas; pero la liga obtenida de estos tipos de muérdago no sirve para la caza, sino

sólo la del muérdago que crece sobre los robles (*Loranthus europaeus* Jacquin) (von TUBEUF, 1923: 49-51; FONT i QUER, 1978: 139). En el País Vasco se le llama "miura" o "gui"; las ramas del chopo, manzano, nogal, tilo, olmo, acacia blanca, sauce, fresno, espino albar, níspero, ciruelero, almendro ...y muy raramente el roble son víctimas de su invasión (DE ATAURI MANCHOLA, 1956: 43-45), pero como se trata de *viscum album*, que no proporciona una hisca consistente, cabe deducir que en estos territorios no pudo usarse para la caza.

-*El acebo* (*Ilex aquifolium*, L.). Aquí el líquido pegajoso proviene de la segunda corteza de los tallos de la planta. Las denominaciones de visqueiro (portugués), grèvol de visc, arbre de visc o coscoll de vesc (catalán) son bien significativos (FONT i QUER, p. 453). El acebo, muy rico en viscina, es frecuente en toda el área de bosque mediterráneo, desde Grecia a la Península ibérica, y se conocen recetas para la confección de ligas (von TUBEUF, 1923: 52).

-*El cardo ajonjero*, cardo de liga o ajonjera, cardo-visco en portugués, es la *Atractylis gummifera* L.= *Carlina acaulos gummifera* Bauhin. Según FONT i QUER (1978: 837), a ella debía referirse el farmacólogo Dioscórides (*de mat. med.* III 89, 1) cuando comenta que el ixxov" aparece también en las raíces de ciertos arbustos, aunque verdaderamente este dato del médico griego podría aludir más bien a la achicoria. La materia viscosa del cardo es una sustancia que exuda su receptáculo florífero y que rezuma por las brácteas involucrales, acumulándose en torno a la cabezuela, justo encima de la raíz.

-En algunos lugares de Italia, en los alrededores de Venecia, se obtiene también una suerte de visco con las cortezas de las raíces del *Viburnum lantana* L. (von TUBEUF, 1923: 51)

Estas y algunas otras muchas plantas como el saúco (su médula) y la adelfa, que sólo fueron explotadas para la obtención de la liga cuando faltaban mejores ingredientes, se deben rastrear en los yacimientos ibéricos a través de los estudios polínicos. Algún dato existe ya al respecto, puesto que en el Puntal des Llops (Olocau, Valencia) apareció *Carlina corymbosa* en pastizal (DUPRÉ, RÉNAULT-MISKOVSKY,

² Identificación realizada sobre un ejemplar que recogimos en las cercanías de Bugarra por el Prof. Dr. Manuel Costa, catedrático de la Universidad de Valencia y Director del Jardín Botánico, a quien expresamos nuestro reconocimiento

1981: 183). Ello no quiere decir, naturalmente, que la disponibilidad de dichas especies condujese necesariamente a tales aplicaciones, pero constituye una probabilidad muy interesante a tener en cuenta.

PREPARACIÓN DE LA LIGA

La liga, hisca o visco, el *ijxovβ* o *ijxiva* de los griegos, el *viscum* romano, es una substancia pegajosa y adherente, una especie de cola que preparan los propios cazadores en los meses previos a la llegada de las aves con alguna de las plantas antes mencionadas. La caza con liga debió desempeñar un papel tan decisivo en la época griega arcaica que de la palabra *ijxov* derivan la denominación de la caza de pájaros en general (*ijxeutikhv*) y el término pajarero (*ijxeuthvβ*). (REINACH, 1914: 694) A quienes preparaban las varetas enviscadas se les denominaba *ijxoer-goiv*, algo así como los trabajadores de la liga. La voz *ijxiva* fue utilizada en tiempos de Teofrasto y después de él no sólo para designar la planta, sino en particular para referirse a las bayas y al producto de ellas obtenido, la liga (ejemplos en von TUBEUF, 1923: 15-17). Teofrasto (*de causis plant.* II 17) y Dioscórides (*de mat. med.* III 89, 1) aseguran que el mejor *ijxovβ* (ajonje o visco) es el que está fresco y recién cogido, y lo describen como parecido de color al puerro; añaden que se obtiene del fruto redondo de un arbusto que crece en el roble y cuyas hojas son semejantes a las del boje (*puvxovβ*), y que es sin duda el *Loranthus europaeus*. El fruto de este muérdago era machacado, luego lavado y cocido en agua; para ablandarlo se le añadía aceite. Plinio (*N. H.* XVI, 245-248; XXIV, 46) suministra asimismo varias fórmulas de preparación y coincide en cuanto a las destacadas cualidades del visco de muérdago (STEIER, 1932: 2071).

En el caso de la achicoria y del cardo ajonjero, en las raíces se forman una especie de "gusanillos", en realidad supuraciones o grumos de ese líquido pegajoso que es lo que, una vez limpio de tierra, se amasa al fuego junto con resina (de pino, por ejemplo) y aceite, en proporción de un kilo de ajonje por dos o tres de resina. Una vez que ha hervido convenientemente se enfría lo más rápidamente posible a base de sumergir la masa en agua fría. Con la cantidad que se prepara, y que se conservará siempre en agua, puede cazarse prácticamente durante todo el mes que más o menos dura el paso de estas aves y su descanso.

RECOGIDA DE LOS SOPORTES Y PREPARACION DE LOS ENRAMADOS

Dos son los elementos fundamentales que sirven de soporte a la liga. Por una parte las "perchas" (en Aragón "palanquetas"), fabricadas con varas de "baladre" (adelfas), y en Aragón con varas de almez (llamado allí latón o "lironero"; cat. "llidoner"), las cuales tienen un metro aproximado de longitud. Se procuraba que en uno de sus extremos contaran con una horquilla, a fin de poder luego engancharlas mejor a las ramas del árbol, o se le daba la forma de horquilla con una azuela. Cada cuatro dedos se hacía, en uno de los laterales de la percha, una hendidura en donde luego se han de meter las finísimas varillas untadas con el visco. Estas varetas eran preparadas con esparto sin mazar o con finísimas ramitas de sarga, de olmo o de olivillo blanco, y en la Antigüedad parece que con finísimas varillas de caña, dado que en griego siempre se les llama *kavlamovβ/kalamivβ/dovnax* (aunque hay que tener en cuenta que con el significado añadido de paja o bálago en general) y *harundo ocanna* en latín (ZACHER, 1884: 432-436). Una vez cortadas a un tamaño de unos 15 cm. de largo se ataban todas juntas para que, al secarse, quedaran bien rectas. Se les hacía un pequeño apretón o corte en uno de sus lados, para que entraran mejor en las hendiduras dispuestas a tal efecto sobre las "perchas". Era conveniente fabricar un gran número de ellas por lo mucho que había que reponerlas (la caza llegaba a proporcionar de 80 a 90 tordos por noche, durante un mes intensivo de caza, por lo que se estropeaban muchas de tales varillas). En Aragón se llamaba "pellón" a un manojo de unas 500 varetas.

LA INSTALACIÓN DE LAS PERCHAS

Ya hemos señalado que hasta hace muy poco se empleaban diversos tipos de árboles para la instalación del sistema de perchas. En el litoral mediterráneo se solían disponer sobre la "garrofera" o algarrobo. Para ello se podaba convenientemente la parte alta de la copa del árbol dejando una serie de ramas verticales o "cimales", que formaban círculo; estos cimales conservaban algo de follaje para no "llamar la atención" de los pájaros, pero estaban lo suficientemente libres de hojas y ramitas colaterales como para que hubiese el espacio necesario para colocar el entramado artificial; debían estar separadas entre sí a una dis-

tancia no excesiva (más o menos a un metro, medida que corresponde al tamaño de las perchas). De uno a otro cimal y formando un círculo se colocaban, así pues, las “perchas”. Tales círculos podían llegar a ser varios, hasta alcanzar el número de tres o cuatro pisos de perchas, de modo que era más fácil enganchar a los animales en la trampa. La masa de follaje de la parte baja del árbol, que se solía injertar de “pie macho” por ser este más tupido que el “pie hembra”, ocultaba a la vista de los pájaros un entramado de tabloncillos de madera, dispuestos en círculo y atados con cuerdas en las gruesas ramas bajas, sobre los que se movía constantemente el cazador, con las manos enaceitadas o cargadas de ceniza, para ir reponiendo en las perchas las varetas untadas de liga que iban cayéndose por la acción de los pájaros que las tocaban o quedaban adheridas al cuerpo del ave.

Rodeando la parte baja del árbol se instalaba una especie de enramado con recortes de pino, cañas, maderos, etc., que evitaba el que los pájaros pudieran escaparse una vez caídos. Dado que se trata de una cola no excesivamente fuerte, su efecto consistía en impedir tan sólo a los pájaros recobrar el vuelo durante el tiempo justo en que el cazador, como decíamos, los recogía del suelo. Sin embargo, si éste no actuaba rápido el pájaro podía liberarse sin mayores problemas y escapar de la trampa; de ahí el cerco o enramado alrededor del árbol y la posición inclinada del piso, para que fueran amontonándose, y la presencia de una jaula adjunta donde ir metiéndolos. En Aragón el cerco, la llamada “barraca”, se montaba entre cuatro carrascas situadas en la parte elevada de un cerro; el nombre de barraca induce a pensar en una colonización valenciana de esta forma de caza.

Alguna fuente antigua, como Bión de Esmirna, autor que escribió en el siglo II a. C., habla de que entre los árboles y arbustos (por ejemplo, el boje) de un denso soto, un joven e inexperto pajarero pretendía cazar al Amor colocando una tras otra, y sin éxito, las varetas de la liga (frag. X Legrand, 1-5). Pero las indicaciones más explícitas y que prueban la antigüedad del método proceden de Dionisio (*Ixeut.* I, 1)¹, quien nos informa de que durante la estación invernal se cubría un árbol con ramas y follaje ajeno, tomado

de otros árboles de hoja perenne; luego, sobre las ramas se plantan varillas que han sido embadurnadas con liga y que son las encargadas de capturar a los pájaros.

TIPOS DE PÁJAROS OBJETO DE CAZA

Tanto los pájaros migradores como los sedentarios eran muy buscados en la Antigüedad, en unos casos con fines alimenticios, en otros para su venta vivos (AYMARD, 1951: 9). En épocas recientes se han preferido los tordos, animales migratorios que llegaban para San Miguel, a finales de septiembre, y que seguían su camino hacia el sur a comienzos de noviembre. Y parece ser que en la Antigüedad era así también. Servio (*ad Aen.* VI 205) nos ha conservado los siguientes datos, que incluyen parte de un verso perdido de Plauto: (*viscum*) *de fimo turdelarum in certis arboribus nascitur; unde Plautus* (fr. inc. 47) *‘ipsa sibi avis mortem creat’*. La noticia es interesantísima porque además de conservar un antiguo proverbio romano que define a quienes, sin quererlo ni saberlo, se causan daños mediante su forma de actuar (OTTO, 1890: 52), certifica que los pájaros de la familia de los tordos (zorzal charlo y tordo) eran los más buscados por quienes cazaban con liga Y, por otra parte, demuestra que ya conocían que la semilla del muérdago se extiende por otros árboles gracias a la acción de los pájaros que se comen sus frutos. Teofrasto (*de causis plant.* II 17, 5) escribía que la semilla del muérdago sólo germina cuando los pájaros, después de haber comido los frutos, dejan caer su excremento sobre los árboles. En esta misma idea insiste Plinio (*N. H.* XVI 247), el cual sostiene con razón que el muérdago nunca crece si ha sido sembrado, pero llega luego a afirmar que la planta sólo prende si previamente ha madurado en el vientre de los pájaros, en concreto de los tordos y de las palomas torcaces. Isidoro (*Orig.* XII 7, 71) resumió finalmente todas estas informaciones: *turdela quasi maior turdus: cuius stercore viscum generare putatur. Unde et proverbium apud antiquos erat, ‘malum sibi avem cacare’*. El interés isidoriano recae ya sólo en la curiosidad de que todos creyesen que esta planta

¹ La obra en verso llamada *Ixeutiká*, de la que conservamos una paráfrasis en prosa de tres libros, se tuvo por mucho tiempo como una obra de Opiano. Hoy predomina su atribución a un anónimo Dionisio, en el que algunos quieren ver a Dionisio Periégeta (GARZYA, 1957: 156-160).

nacía de los excrementos del zorzal (*turdela*) y en modificar muy “expresivamente” el tenor del antiguo proverbio: “el pájaro caga su propia desgracia” porque las bayas del muérdago que él ha sembrado servirán más tarde para confeccionar el visco con el que será atrapado. Sin embargo, la idea de que la semilla del muérdago sólo puede germinar si ha sido digerida previamente por el animal es errónea. Hoy sabemos que no es así, sino que normalmente el pájaro come la pulpa de la baya, pero la simiente queda adherida a su pico, de donde se la saca restregándose contra el árbol, introduciéndola en las ranuras de la corteza y favoreciendo así su reproducción (DE ATAURI MANCHOLA, 1956: 47 ss.).

Por lo demás, las fuentes antiguas fueron bastante explícitas acerca de otras especies que eran asimismo presa de la liga: las palomas torcaces (Plinio, *N. H.* XVI 247), las tórtolas, los pinzones, los gorriones, las alondras moñudas, los jilgueros, los papamoscas y los aguzanieves (DIONISIO, *Ixeut.* III 2; 4). Dionisio cita otras tres clases de pájaros capturados con varillas envascadas cuya identificación no resulta posible; son, en concreto, los *ajstevre*, los *bari`tai* y los *sw`de*, y de esta última tan sólo consta que era un ave canora. Existe además un testimonio de Varrón (*de re rust.* III 7, 7) sobre la costumbre de los criadores de palomas de matar a los cuervos y a los halcones, a los que capturaban fijando en el suelo dos varas entrecruzadas y untadas con liga, y entre ellas situaban a un animal atado, de suerte que al lanzarse hacia la presa quedaban embadurnados de hisca. Fantástica es, en cambio, la historia relativa al chotacabras, pájaro odiado por los pastores porque se decía que disfrutaban mucho con las tetas de las cabras que ven que han parido y, acercándose a ellas, les sacaban su leche, como si fuesen cabritos, causándoles grave perjuicio porque privaban de su alimento a las crías. En realidad este pájaro, del tamaño de un tordo, frecuenta los rebaños de cabras y ovejas porque allí encuentra multitud de insectos, pero ya en la propia Antigüedad surgió la creencia de que acudían a mamar. De ahí que DIONISIO (*Ixeut.* III 20) aconsejase un remedio que, parece seguro, no llegaría a calar entre los cabreros: “si alguien quiere cazar al chotacabras, embadurne las tetas de la cabra por todas partes con liga; cuando éste se apresura a beber la leche de la cabra, vuela por encima del cercado, llega al corral, hunde al pico en la teta de la cabra y es capturado porque la liga fluye hasta las plumas de las alas”.

RECLAMOS O SEÑUELOS

La caza con liga, desde luego, no se fía al azar de que los pájaros quieran escoger el árbol que tan trabajosamente se ha preparado para atraparlos. Se usaban los señuelos y éstos podían ser varios. Aunque en épocas recientes el sistema ha sido prohibido, se atrapaba para este fin un mochuelo, un gavilán o una lechuza. A la rapaz se le atraía al anochecer con una flauta tocada por un ayudante del cazador y repitiendo un sonido monótono y especial. Detrás de un mojón de piedras o cualquier otro disimulo que lo ocultara, el cazador elevaba una alta vara en la punta de la cual se había instalado una fruta o una patata (en tiempos antiguos debió usarse cualquier otro tipo de tubérculo), en cuya carne se habían hincado cañitas o espartillos duros untados con liga. Enredadas las alas por este procedimiento, la rapaz era recogida del suelo y atada por una pata. Se le daba de comer un pajarito o un trozo de liviano, por ser carnívora. Luego se le ataban las patas a las cuerdas, tupidamente dispuestas en cruz, de una especie de raqueta de mimbre, no sólo para que el animal estuviera cómodo encima de ese podio, sino también para poder manejar con facilidad la raqueta del reclamo y ponerla a la altura que se quisiera.

La caza de pájaros con aves rapaces adiestradas a tal efecto es muy antigua. La observación de la forma de actuar de algunos animales libres en la naturaleza, como los halcones, debió hacer pensar en las posibilidades de su adiestramiento y provecho, lo que condujo muy tempranamente en el Próximo Oriente, desde donde se extendió a Grecia y al resto del Mediterráneo, al arte de la cetrería (LINDNER, 1973: 111-156; BUCHHOLZ; JÖHRENS; MAULL, 1973: 119 s; MARÍN CEBALLOS, 1994: 267-281). Pero en nuestro caso la función instrumental de la lechuza nada tiene que ver con la captura directa de las presas, sino que actúa como inductor o complemento del reclamo.

El señuelo así obtenido podía ser aprovechado de distinta forma:

a) Para meterlo en el espacio inferior del árbol, en donde debía asustar a algún tordo retenido en el interior de una jaula (el auténtico reclamo). Muchas veces ese tordo estaba recién cazado; otras, se le había mantenido durante todo el año alimentándolo en casa (a base de higos rebozados en harina para que no se pegaran entre sí). Asustado por la presencia de la rapaz, que el pajarero acercaba hasta la jaula del cau-

tivo encima de la raqueta, y a sus gritos de socorro o de alarma, acudían los demás tordos, bien para atacar a la intrusa (tal vez por el sentido de solidaridad que tienen estos pájaros gregarios), bien para ponerse a salvo al oír los chillidos de amenaza. Realmente, en este menester la lechuza sustituye el esfuerzo del hombre, puesto que el pajarero también puede atemorizarlo él mismo haciéndole gestos y caras raras al tordo enjaulado para que pida auxilio o advierta la alarma. “Este animal es muy *caracero*, le haces carazas y se asusta y chilla”, nos dijo V. Roig de un ejemplar que tuvo. El por qué acudían los demás no lo sabía nuestro informante.

b) Para colocarlo abiertamente como señuelo en un puntal de tierra (sobre la raqueta misma) y dejarlo allí expuesto, lo que provoca el ataque en grupo, por ejemplo, de las alondras moñudas, pájaro comestible e integrado en la dieta del hombre antiguo (Aristóteles, *Hist. anim.* IX 617 b). Según DIONISIO (*Ixeut.* III 17), “las alondras moñudas se cazan con una lechuza: el cazador la coloca en una rueda o raqueta y agita al animal, extiende retamas y cuerdas por el contorno a intervalos regulares y coloca en derredor unas varillas untadas previamente con liga. Las alondras que corren apresuradas a coger desprevenida a la lechuza son atrapadas por la liga y por las varillas”. El testimonio es excepcionalmente interesante porque, además de certificar el uso arcaico de una raqueta o soporte (rueda o llanta con una malla en donde fijar por los pies al animal) similar a la que actualmente sirve para asustar al tordo, ilustra una técnica de caza que se ha practicado hasta hoy en día para atraer y cazar a la alondra moñuda en las marismas del Guadalquivir⁴.

En una serie de pinturas muy esquemáticas de la llamada *fullonica* de M. Vesonius Primus, en Pompeya (VI, 14, 22, peristilo 9, pórtico sur), puede verse la escena de la caza de una lechuza para usarla como reclamo, propósito que los editores no han entendido a juzgar por sus simples descripciones (De FRANCISCIS, 1993: 121) (fig. 2). Dos pajareros tratan de acercar sendas varas, bastante largas y con toda verosimilitud rematadas con cañas o espartillos unta-

dos en *viscum*, a la ensimismada lechuza, que está posada sobre un árbol, mientras hacen ademán de ocultarse bajo sus ramas (debe tratarse de una escena imaginada al amanecer o al atardecer, momento en el cual estas aves están como adormecidas). En el interior de una pequeña cabaña vegetal y tocando la flauta hay un ayudante; otros llegan por la izquierda con unas perchas. A la derecha de la barraquita otros dos pajareros se llevan, ya en una jaula, a la lechuza cazada. La escena final muestra un personaje sentado entre instalaciones de perchas (?) hincadas en el suelo, como si estuviera adiestrando a los demás acerca del modo de preparar el terreno para la caza de los pájaros. Son varias escenas de un mismo oficio. Dado que el panel pictórico comienza con la escena de un juicio, podría verse una comparación moralizante entre el reo, el pájaro acechado y la tenacidad de la justicia, difícil, como la liga, de eludir...

Pero sin duda el ejemplo más claro del empleo de una rapaz en la caza de pájaros lo proporciona el ánfora ática de figuras negras del museo tarentino antes mencionada. Como puede comprobarse, la escena está narrando un sistema parecido a todo cuanto hemos analizado, aunque es muy diferente al mismo tiempo. En principio, cabe pensar que el pintor del vaso se acomoda a la regla general de la “simplificación” de aquello que se pretende narrar para proporcionar una mejor comprensión. De esa manera se logra que la escena esté “limpia” de accesorios inútiles; no obstante, en el fondo no deja de presentar varias coincidencias con las operaciones que anteriormente describimos. Aquí no se pretende ocultar a un pajarero que pulula por el interior de la masa de ramas, llenas de hojas, situadas en la parte baja del árbol. No se ha instalado percha alguna, ni existe ninguna clase de cerco o enramada debajo del árbol, ni se intenta disimular nada; por el contrario, lo que se ha hecho es dejar sencillamente desnudas las ramas inferiores de lo que parece un árbol frutal o un olivo joven (de ramas finas). Todo es mucho más simple. Según DIONISIO (*Ixeut.* III 4) “los pinzones y las tórtolas se cazan debajo de un árbol, si ven posado a un congénere en los troncos desnudos del árbol. Esta

⁴ Agradecemos efusivamente esta información a D. Francisco Gómez Ceballos, de Sevilla, que conoció las tiradas a las alondras moñudas atraídas mediante la exposición, sobre un palo, de un mochuelo. La obsesión de estos pájaros por hostigar a las rapaces nocturnas que encuentran en descubierto es tan intensa, que nuestro informante fue testigo de cómo las alondras cargaban contra un pepino que presentaba dos botones blancos imitando los ojos del mochuelo. En la Antigüedad, como es lógico, se colocaban enramados y cuerdas extendidas alrededor del reclamo, en las cuales se fijaban las varetas enviscadas, para aprovechar este vuelo instintivo de la alondra.

forma de caza no siempre puede aplicarse, sino en época de nieves y de invierno, cuando las plantas ya están desnudas y han caído las hojas, pues entonces los gorriones que carecen de asiento y de techo acuden hacia los engaños y hacia estas ramas usadas de fraude como si fueran inofensivas; el más agradable de los espectáculos es ver a los gorriones encadenados por la liga y cayendo al suelo”.

En nuestra pintura no se trata de gorriones, sino que parecen palomas torcaces, tórtolas u otras aves de mayor tamaño. El árbol, eso sí, está bien preparado al efecto, con una poda especial a base de dejar un nivel de ramas inferiores completamente libres de hojas (dispuestas seguramente en círculo, aunque el pintor ha limitado su número a cuatro por la búsqueda de ese esquematismo mencionado), y en la corteza de las ramas se han ido hincando los pequeños cálamos untados con la liga. Obsérvese la finura de estas varillas, que el artista ha expresado mediante pequeños puntitos que recuerdan, verdaderamente, el brillo de la liga sobre la propia “vareta”, que apenas resulta perceptible. En la parte alta los “cimales” vuelven a ser ramas de verdad, dejadas con la fruta (?) del propio árbol como atractivo o, dado que ya estamos en otoño, sean más bien los restos de las hojas y posaderos de las cansadas aves. Dos de ellas parecen estar muy fijadas en los posaderos, por lo que podrían constituir el reclamo asustado por la lechuza, que se encuentra atada bajo el árbol, encima de su raqueta. ¿O quizás el señuelo es la lechuza que aparece abajo? Resulta difícil decidir si está representada una sola técnica de caza o concurren varios sistemas. DIONISIO (*Ixeut. I 1*) conoce también el sistema del reclamo simple, que se usaba en los árboles cubiertos durante el invierno con ramaje ajeno y preparados con liga. Allí, nos dice, se colgaban unas jaulas, dentro de las cuales están los pájaros que los cazadores necesitan para sus capturas: pues persuaden con sus cantos a las demás aves que se encuentran cerca de las ramas a posarse en el árbol. Y les sucede que, mientras se paran junto a ellas, resultan cazadas.

A la vista de todos nuestros datos, parece oportuno sugerir ciertas ideas, a modo de consideraciones fina-

les. No cabe disputar que la técnica de la caza con varillas de liga constituye una venerable reliquia de épocas pretéritas que, en sus elementos esenciales, ha perdurado intacta desde la prehistoria hasta nuestros días. Las tres operaciones básicas de que consta (obtención y preparación de la liga y de las varetas, disposición del espacio de caza, consecución y utilización de los señuelos) debieron ser transmitidas desde Oriente y el Egeo hacia el Mediterráneo occidental, muy verosímilmente por mediación de los griegos. El vaso ático de Tarento demuestra que ya en el siglo V a. C. eran conocidas por los habitantes del sur de Italia (en donde es una práctica todavía viva), y el arraigo que semejante forma de caza ha mantenido en toda la franja oriental de la Península Ibérica obliga a pensar que nos hallamos ante otra de las aportaciones culturales que la colonización griega introdujo en el mundo de los iberos y hasta de los celtas⁵. Pues carecería de lógica el que los helenos asentados en el sur de Galia y en algunos puntos de las costas hispanas, al norte y al sur del Ebro, nunca hubiesen practicado este tipo de caza, dadas las condiciones óptimas que reunían estos territorios dentro del circuito migratorio de unos pájaros nada ajenos a la mesa de los griegos; la consecuencia sería que, asimilada la técnica por la población autóctona, la caza con liga pudo pasar al dominio de los hábitos estables de las comunidades ibéricas. Formaría parte, así pues, de ese legado vivo de Grecia que, aunque carezca de restos materiales, se intuye de inmediato por la prioridad de la invención y la difusión de las secuencias.

Puestos a interrogar, a niveles meramente teóricos, eso que gustan llamar las “políticas”, “planificaciones” o “estrategias” económicas de los iberos respecto a su abastecimiento, tal vez convendría empezar a tener en cuenta que la caza de pájaros con liga en los períodos idóneos —la captura de aquellas mismas especies que comían los griegos, los itálicos y, seguramente, otros muchos pueblos— fue una parte o un complemento nada desdeñable de la dieta en carne para muchas de las familias ibéricas. Es probable que en tiempos venideros la búsqueda minuciosa de los restos óseos de aves y pájaros en todos los sectores de

⁵ Contamos con dos epígrafes romanos que testimonian cómo las capturas con liga eran practicadas en los ámbitos rurales de la Galia y de la Bética. En una inscripción de Langres (CIL XIII 2. 5708) el testador pide ser incinerado con todos sus útiles de caza, entre los que figuran las varetas envascadas (calami). Otra inscripción de Peñafior (Córdoba) nos permite conocer a un ciudadano que aucupium calamo praeter studiosus agebat (CIL II 2335). En este sentido, ambos documentos ya habían sido caracterizados como prueba inmediata de que los celtas romanizados que amaban las artes venatorias participaban de la técnica de cazar con visco (LINDNER, 1973: 25).

los poblados permita matizar la supuesta prevalencia absoluta de los mamíferos (puesto que sus huesos sí se conservan) entre las viandas de origen animal.

En última instancia, no sabríamos desaprovechar la presente ocasión para dejar constancia de un pensamiento nostálgico: quienes, en aras de la modernidad y de una defensa irracional de la naturaleza, están intentando eliminar del País Valenciano la caza de tordos con liga, practicada todavía en los *paranys*, deberían meditar sobre el valor contrastado y clásico, es decir, de raigambre helénica, que encierra la inocua práctica de este arte de caza (infinitamente menos cruel y mucho más "culto", sin duda, que aquellos en los que interviene la pólvora). Y deberían entender asimismo que hay una necesidad perentoria no de vetarlo, sino de encauzarlo adecuadamente en su condición de monumento arqueológico e histórico en vías de extinción⁶.

CARMEN ALFARO GINER
F.J. FERNÁNDEZ NIETO
Departamento de Historia de la Antigüedad
Universidad de Valencia
Av. Blasco Ibáñez, 28 - 46010 Valencia

BIBLIOGRAFÍA

- ATAURI MANCHOLA, T. de: 1956: Patología vegetal. "Muérdago", "Miura". En *Homenaje a D. J. Mendiábal Gortázar. Miscelánea de estudios*. Grupo de Ciencias naturales "Aranzadi" Real Sociedad Vascongada de Amigos del País. Publicación nº 12. San Sebastián, pp. 42-65.
- AYMARD, J.: 1951: *Les chaises romaines, des origines à la fin du siècle des Antonins*. París.
- BROTHWELL, D.R. y P.: 1969: *Food in antiquity. A survey of the diet of early peoples*. Ancient peoples & places. LXVI. Londres.
- BUCHHOLZ, H.-G.: JÖHRENS, G.: MAULL, I.: 1973: Jagd und Fischfang. En *Archaeologia Homerica*, Bd. II, Kap. J. Gotinga, pp. 116-119.
- DE FRANCISCIS, A.: et al: 1993: *Témoignages de l'art romain dans la zone ensevelie par Vésuve en 79 ap. J.-C.* París.
- DUPRÉ, M.; RÉNAULT-MISKOVSKY, J.: 1981: Estudio polínico. En H. BONET; C. MATA; I. SARRIÓN; M. DUPRÉ; J. RÉNAULT-MISKOVSKY: *El poblado ibérico del Puntal dels Llops (El Colmenar) (Olocau-Valencia)*. SIP de la Diputación de Valencia, Trabajos Varios, nº 71. Valencia, pp. 181-188.
- FONT I QUER, P.: 1978: *Plantas medicinales. El Dioscórides renovado*⁴. Barcelona.
- GARZYA, A.: 1957: Sull'autore e il titolo del perduto poema Sull'aucupio attribuito ad Oppiano. En *Giornale italiano di Filologia*, X, pp. 156-160.
- GÓMEZ BELLARD, C.: 1995: Un vertedero púnico rural en Ibiza: S'Olivar d'es Mallorquí. *Saguntum* 28, pp. 151-165.
- LINDNER, K.: 1973: *Beiträge zu Vogelfang und Falknerei im Altertum (Quellen und Studien zur Geschichte der Jagd, XII)*. Berlín.
- LO PORTO, F. G.: 1963: Anfora attica a figure nere con scena di aucupio dalla necropoli di Taranto. *Bolletino d'Arte del Ministero della Pubblica Istruzione*, XLVIII, pp. 18-22.
- MARÍN CEBALLOS, M^o. C.: 1994: Cetrería en el mundo ibérico. En P. SÁEZ; S. ORDOÑEZ (eds.), *Homenaje al Profesor Presedo*. Sevilla, pp. 267-281.
- OTTO, A.: 1890: *Die Sprichwörter und sprichwörtlichen Redensarten der Römer*. Leipzig.
- REINACH, Ad.: 1918: *Venatio*. En C. DAREMBERG; E. SAGLIO. *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, T. V, París.
- STEIER, A.: 1932: Mistel. En *Real-Encyclopädie der Classischen Altertumswissenschaft*, XV, 2. Stuttgart, cols. 2063-2074.
- TUBEUF, K. von: 1923: *Monographie der Mistel* (unter Beteiligung von G. Neckel und H. Marzell). Munich/Berlín.
- VILETTE, Ph.: 1991: Des oiseaux et des champs. En J. GUILAINE (direct.): *Pour une archéologie agraire. À la croisée des sciences de l'homme et de la nature*. París, pp. 465-475.
- ZACHER, K.: 1884: Leimruthen. *Hermes*, XIX, pp. 432-436.

⁶ Basta con advertir que la confección del ajonje ha caído ya en desuso, tal vez porque nadie proporciona la materia prima y/o por desconocimiento de las fórmulas y de la delicada operación de la cocción y reducción de la liga. Nuestro informante (V. Roig), que hace tiempo dejó de prepararlo, nos mostró apenado un bote de liga o engrudo artificial, fabricado por una empresa química que abastece hoy a los escasos cazadores de tordos que emplean las varillas de hisca.